



HOMILÍA III DOMINGO DE PASCUA/23-IV-2023

Muy apreciados hermanos:

La Iglesia, Madre y Maestra, nos invita a celebrar con alegría el acontecimiento de la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, como afirma San Pablo: *“Si el Señor no hubiera resucitado, vana sería nuestra fe”* (1Cor 15, 14).

Como es conocido por todos, y la liturgia nos lo recuerda, Jesús resucitado, antes de subir a los cielos, se apareció a los apóstoles, durante 40 días, para darles las últimas instrucciones y enviarlos a predicar el Evangelio a todas las naciones.

Aquí, a mi lado, tenemos el cirio pascual, que simboliza la presencia de Cristo resucitado, en medio de nosotros. Una vez que termina el Tiempo Pascual, se suele colocar el Cirio en un candelero cerca de la pila bautismal; será encendido durante la celebración de bautizos para encender la vela bautismal que será entregada al bebé bautizado o a los padrinos.

En los entierros, durante los ritos, el Cirio Pascual puede ser encendido y ubicado en su candelero en la parte de la cabecera del féretro. Es una manera de recordarnos el mensaje de Romanos 6, 3-5: *“Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, así como Cristo resucitó por la gloria del Padre, también nosotros llevemos una Vida nueva”*. Todo esto está prescrito en las normas litúrgicas.

En todas las apariciones, Jesús transmite un mensaje de paz, anima a los apóstoles que habían quedado profundamente desconcertados por su muerte, quiere que se mantengan unidos y les promete su presencia hasta el final, especialmente a través de la fracción del pan, la palabra y la comunidad cristiana.

Hoy, en el evangelio, vemos que Jesús se presenta delante de los apóstoles y, ante el asombro de ellos, les dice: *Paz a ustedes. ¿Por qué se alarman?, ¿por qué surgen dudas en el interior de ustedes? Soy yo en persona, no soy un fantasma*. Permítanme centrar la reflexión de este día en el tema de esta paz que comunica Cristo.

Jesús pronunció el saludo normal y cotidiano de los orientales: *Shalom*. Paz a ustedes. Significa mucho más que un simple ‘les deseo que no tengan problemas’. Quiere decir: **que Dios les conceda todo lo necesario para vivir en amistad con Él, en fraternidad con el prójimo, y calma dentro de sí mismo**. Y eso es lo que yo les deseo al principio de la misa (con el saludo inicial), cuando les invito a intercambiar la paz y cuando los despido con el saludo final.

Pero la paz que Jesús vino a traer no es como la paz que da el mundo, sino que tiene ciertas cualidades:

- **Excluye el miedo, el terror, la intranquilidad espiritual;** pues, como dice San Juan Crisóstomo: *“Jesús me ha garantizado su protección, no es en mis fuerzas donde me apoyo. Tengo en mis manos su palabra escrita. Este es mi báculo, esta es mi seguridad, este es mi puerto seguro. Y la palabra dice: Yo estaré con ustedes hasta el fin del mundo. Cristo está conmigo ¿qué puedo temer? Que vengan a asaltarnos los poderosos con su ira; todo eso no pesa más que una tela de araña”*. Algo distinto al miedo es el Santo Temor de Dios, que es un don del Espíritu Santo, el cual es un temor que nace del amor; es un temor a disgustar al ser que más amamos. Por este don, los santos estallaban en lágrimas cuando cometían alguna falta y sentían el más espantoso asco a toda clase de pecado.
- **Exige una gran fraternidad;** cosa que vivieron las primeras comunidades cristianas que pensaban y sentían todos lo mismo; nadie llamaba propio nada de lo que tenía y ninguno pasaba necesidades, pues los que tenían bienes los vendían y se repartían entre los necesitados, siendo éste el motivo del rápido crecimiento del cristianismo, a pesar de las persecuciones. ¡Que hermoso ejemplo nos dieron los primeros cristianos! Recuerdo una medalla, que es una especie de símbolo que tienen los holandeses: por un lado, representa dos bueyes arando, con esta leyenda: *“unidos progresamos”*; por el otro lado, tiene dos vasos de vidrio flotando sobre las olas, y una leyenda que dice: *“si chocamos, nos destruimos”*. Bello símbolo.
- **Exige calma;** para tener paz con los demás, hay que tener paz consigo mismo. Si no tenemos paz con nosotros mismos romperemos muy fácilmente la paz con los demás, que es demasiado frágil. Si internamente estamos agobiados por un sentimiento, por ejemplo, envidia, ira, lujuria, avaricia... lo exteriorizamos hacia los demás y chocamos con ellos, convirtiéndonos en causa de discordia. Por eso, el Señor dice: «Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios». Aquí habla de la paz interior, del corazón, de la persona consigo misma y con Dios. Se comprende por lo que añade inmediatamente: «No se turbe el corazón de ustedes ni tenga temor». Ésta es la paz fundamental sin la cual no existe ninguna otra paz. **Miles de millones de gotas de agua sucia no forman un mar limpio, y miles de millones de corazones inquietos no componen una humanidad en paz.**

Queridos hermanos, la Sagrada Escritura dice, **Cristo es nuestra paz**, Él es nuestra seguridad. Basta estar con Él para sentirnos seguros, aunque en los momentos de oscuridad, como ocurrió a los apóstoles, pensemos que Cristo se ha olvidado de nosotros, que nos ha dejado solos. La duda, la intranquilidad, la zozobra, llegan cuando se debilita nuestra fe. Jesús sabe bien todo lo que nos pasa; y todo, si lo amamos, coopera para nuestra bien. Así lo expresó San Pablo: *“Si Dios está con nosotros ¿Quién estará en contra? ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?*

En todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó”
(Rom 8, 31.35.37).

Dios nunca llega tarde para ayudarnos. **Aun en los casos que parecen más extremos**, Dios llega siempre en el momento oportuno, aunque sea de modo misterioso y oculto. Recordemos el caso de muerte y resurrección de Lázaro, el Señor quiso que pasaran 4 días para que se manifestara, de modo contundente con este milagro, su poder y muchos judíos creyeran en Él. Asimismo, el relato que nos presentó la semana pasada la liturgia: la incredulidad (ver para creer) de Tomás, en la primera aparición de Jesús, porque se había alejado del grupo de los apóstoles, y después, cuando se encontró Jesús, su gran manifestación de fe al exclamar delante de Jesús: ¡Señor mío y Dios mío!

Crear que el Señor siempre nos acompaña, les invito a creer en su divina providencia, nos ayudará constantemente a acudir a su auxilio y a ser ecuanímenes en nuestro actuar: **pase lo que pase, suceda lo que suceda, todo es para bien; si de verdad amamos a Dios, todo será ocasión para mejorar.**

Queridos hermanos, **la paz es un don de Dios, pero también una tarea** que nos ha confiado el Señor. Por eso, para construir la paz, es necesario:

- **Luchar aquí en la tierra.** Sólo en el cielo tendremos el descanso en paz para siempre. Para construir la paz hay que combatir. Porque sin lucha no hay victoria sobre el egoísmo, ni amor, ni paz de Cristo. La paz de Dios no es la paz de los cementerios, sino una paz viva, fruto de muchas búsquedas, de muchos esfuerzos, de muchas tensiones.
- **Siempre habrá tensiones.** No debemos tener miedo a las tensiones entre hermanos. La paz debemos construirla entre todos, y esto supone necesariamente tensiones. Habrá tensiones, porque cada uno tiene que hacer un aporte distinto a la paz de nuestro país. Y porque cuesta reconocer los límites del aporte propio y la necesidad del aporte del otro.
- **La paz construida desde el amor.** Cristo nos dice que hay una sola arma para construir la paz: el amor. Pero un amor como el de Él, que rechaza el odio bajo todas sus formas, también el odio al enemigo. Un amor como el de María, que perdonó a quienes mataron a su Hijo. Un cristiano nunca puede predicar el odio. El odio lleva a la muerte del otro. Y lo que nosotros queremos no es la muerte sino la reconciliación, el perdón, la conversión.

Todo esto quiero ilustrarlo con una anécdota que leí hace mucho tiempo: “Había una vez un rey que ofreció un gran premio a aquel artista que pudiera captar en una pintura la paz perfecta. Muchos artistas lo intentaron. El rey observó y admiró todas las pinturas, pero solamente hubo dos que a él realmente le gustaron y tuvo que escoger entre ellas.

La primera era un lago muy tranquilo. Este lago era un espejo perfecto donde se reflejaban unas plácidas montañas que lo rodeaban. Sobre estas se encontraba un

cielo muy azul con tenues nubes blancas. Todos quienes miraron esta pintura pensaron que esta reflejaba la paz perfecta.

La segunda pintura también tenía montañas. Pero estas eran escabrosas y descubiertas. Sobre ellas había un cielo furioso del cual caía un impetuoso aguacero con rayos y truenos. Montaña abajo parecía retumbar un espumoso torrente de agua. Todo esto no se revelaba para nada pacífico.

Pero cuando el Rey observó cuidadosamente, vio tras la cascada un delicado arbusto creciendo en una grieta de la roca. En este arbusto se encontraba un nido. Allí, en medio del rugir de la violenta caída de agua, estaba sentado plácidamente un pajarito en su nido...

- ¿Paz perfecta?

- ¿Cuál crees que fue la pintura ganadora?

El Rey escogió la segunda.

- ¿Sabes por qué?

Explicó el rey: 'Paz no significa estar en un lugar sin ruidos, sin problemas, sin trabajo duro o sin dolor. Paz significa que a pesar de estar en medio de todas estas cosas permanezcamos calmados dentro de nuestro corazón. Este es el verdadero significado de la paz'.

Queridos hermanos, ojalá nos grabemos en nuestros corazones la exhortación que nos hace el Señor hoy: La paz esté con ustedes... ¿por qué temen? ¿Por qué surgen dudas en su interior? Soy yo en persona, no soy un fantasma. Y como los apóstoles nos llenemos de alegría y podamos compartir el pan de la Eucaristía y de la Palabra. Así sea.

+ *Ángel Caraballo*
† **Ángel Francisco Caraballo Fermín**
Obispo de Cabimas



Prot. 2023/075